

## Quinto Domingo de Pascua C2022

Las lecturas de este quinto domingo de Pascua hablan de la obra de evangelización y de sus resultados. Muestran cómo la presencia de Cristo Resucitado ha transformado personas y naciones. Nos invitan a amarnos unos a otros para que podamos ser reconocidos como discípulos de Jesús.

La primera lectura describe la obra misionera de Pablo y Bernabé entre los gentiles. Muestra en particular cómo estaban fortaleciendo a los discípulos para permanecer fieles al Señor a pesar de sus sufrimientos por el bien del reino de Dios. También muestra cómo establecieron ancianos en las comunidades que fundaron. Finalmente, muestra cómo Pablo y Bernabé nunca dejaron de dar cuenta de su trabajo a toda la Iglesia.

Lo que este texto nos enseña es que el crecimiento de la Iglesia depende de la cantidad de trabajo que la gente le pueda dar. También existe la idea de que quienes trabajan para la Iglesia no lo hacen en su propio beneficio, sino en beneficio de toda la Iglesia.

Este texto nos ayuda a entender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús recomienda a sus discípulos que se amen unos a otros como los ha amado. En primer lugar, el Evangelio comienza recordando la traición de Jesús por parte de Judas. Luego, dice que Jesús lo vio como el tiempo de ser glorificado por el Padre tanto como el de glorificarlo a él.

Después de esto, el Evangelio recuerda el anuncio de Jesús de que estaba a punto de dejar el mundo. El Evangelio termina con la recomendación de Jesús a los discípulos de amarse unos a otros como signo de su reconocimiento como discípulos suyos.

¿Qué aprendemos del evangelio de hoy? El Evangelio de hoy es, en efecto, parte del Discurso de despedida de Jesús a sus discípulos, que tuvo lugar en la Última Cena antes de ser entregado.

En primer lugar, en esta breve narración, Jesús usa el verbo “glorificar” cinco veces. ¿De qué gloria está hablando? Se trata de la gloria que recibirá por el acto de su muerte en la cruz. Para Jesús, el momento de la muerte es el comienzo de su victoria que se evidenciará en su resurrección. En este sentido, la Pasión, Resurrección y Ascensión de Jesús son parte del mismo misterio de su glorificación. En su muerte, el Padre lo glorificará y, al mismo tiempo, el Padre se glorificará a sí mismo a través del acto de obediencia de Jesús. Así como Jesús ha glorificado al Padre haciendo su voluntad hasta la muerte en la cruz, el Padre, a su vez, lo glorificará al resucitarlo de entre los muertos.

Después de la mención de la gloria, Jesús recomienda a sus discípulos que se amen unos a otros. Él dice: “Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros, como yo los he amado; y por este amor reconocerán todos que ustedes son mis discípulos”.

¿De qué tipo de amor habla Jesús? Por supuesto, no se trata de “Eros”, este concepto que en griego antiguo se refiere al amor sensual o pasional, del que deriva el término erótico. Aquí amor significa “ágape”, es decir, un amor que busca ante todo el bienestar del prójimo, un amor sin límites ni restricciones. Es un amor incondicional que trasciende y persiste sin importar las circunstancias de la vida. Jesús repite el mandamiento de amarse los unos a los otros tres veces. Seguramente es un ejemplo que destaca su importancia.

Una pregunta que surge es esta: ¿Por qué Jesús llama a esto un nuevo mandamiento? ¿Qué hay de nuevo que no se haya dicho antes que él? En el libro de Levítico 19:18 por ejemplo, Moisés recomienda al pueblo de Israel lo siguiente: “No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo: Yo soy El Señor”. En esta perspectiva, la ley del amor no era nueva para los israelitas. Sin embargo, en el entendimiento judío, el vecino era un compañero judío y no un extraño. Los forasteros, por el contrario, eran considerados paganos, temidos y evitados.

En este contexto, la forma en que Jesús está poniendo la ley la hace nueva, porque está pidiendo a sus discípulos que amen, no como antes, sino incondicionalmente. Como ha amado a cada uno como hijo de Dios con compasión y sin distinción, así deben hacerlo sus discípulos.

El amor, pues, está en el corazón de la Iglesia y de nuestra vida como discípulos de Jesús. Es la marca de nuestra identidad como cristianos. Es la vestidura que nos hace diferentes de los demás. Si usamos esta vestidura, pertenecemos a Jesús. Si no lo llevamos puesto, estamos fuera de su Reino. Cuando Jesús nos recomienda amarnos unos a otros como él nos ha amado, nos está pidiendo que lo imitemos y demos testimonio de que le pertenecemos.

Por eso Jesús dice que seremos reconocidos como sus discípulos, si nos amamos unos a otros. ¿Es fácil amar como Jesús nos recomienda? No, porque en nuestra naturaleza humana queremos establecer criterios sobre las cosas que nos gustan o no nos gustan. También amamos según la simpatía o los sentimientos que tenemos hacia alguien. Si alguien no corresponde a nuestro criterio o no genera buenos sentimientos o simpatía, ciertamente lo excluimos de nuestro círculo de vida.

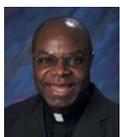
Pero, cuando Jesús nos está pidiendo que nos amemos unos a otros, nos está pidiendo que lo hagamos más allá del criterio, la simpatía o la empatía que podamos tener hacia los demás. Jesús mismo nos da un ejemplo. Al amar como él lo hizo, damos testimonio al mundo de que pertenecemos a Jesús. Creo sinceramente que el mundo tiene hambre de personas que puedan amar de esta manera. Cuando amamos como lo hizo Jesús, suceden tres cosas: primero, Dios es glorificado en nosotros; segundo, nos identificamos con Jesús; tercero, el Padre nos glorificará con Jesús.

Para amar así, tenemos que cambiar nuestras actitudes, nuestras formas de ser, de relacionarnos con Dios y con los demás. Tenemos que amarnos lo suficiente, tal como somos. Si nunca nos hemos amado a nosotros mismos, tendremos problemas para amar a los demás. Como nadie puede dar a los demás lo que no tiene, nuestra falta de amor propio se convierte en un hándicap de lo que debe ser nuestro amor a los demás.

Cuando amamos de la manera que Jesús sugiere, no podemos dudar en abrir nuestro corazón a las necesidades de nuestros semejantes, porque reconocemos a Jesús en ellos. Imagina cómo se transformaría nuestro mundo si nos amáramos unos a otros como Jesús recomienda. Entonces, el cielo nuevo y la tierra nueva de los que habla el libro de Apocalipsis se construirían en nuestro mundo hoy en anticipación del cumplimiento del Reino de Dios. A su vez, Dios enjugaría toda lágrima de nuestros ojos para que no haya más muerte ni luto, ni llanto ni dolor.

Pidamos al Señor que nos ayude a amarnos unos a otros en las cosas más pequeñas de la vida diaria. Mostremos a los demás tolerancia, aceptación, compasión y perdón. ¡Que nos amemos a nosotros mismos para llegar a amar a los demás! ¡Que todos los que sufren por el amor de sus seres queridos encuentren en el ejemplo de Jesús consuelo y sanación! ¡Que Dios los bendiga a todos!

#### **Hechos 14: 21-27; Apocalipsis 21: 9, 1-5a; Juan 13: 31-33<sup>a</sup>, 34-35**



Fecha de la Homilía: el 15 de Mayo, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20220515 homilia.pdf